

# **Las concepciones de la historia nacional. El Simposio Nobel de 1990**

*Albert Balcells*

Universidad Autónoma de Barcelona

## **Marco y contexto**

El Nobel Symposium de 1990 tuvo como tema *Las concepciones de la historia nacional*. Se celebró entre el 5 y el 8 de septiembre en las afueras de Estocolmo, en Hässelby, en el Centro Cultural Nórdico, una institución que es fruto de la cooperación de los gobiernos de los países escandinavos, Finlandia e Islandia. La presidencia correspondió al profesor Erik Lönroth, de la Academia Sueca y profesor de la Universidad de Göteborg, y la coordinación estuvo encomendada a los profesores de la Universidad de Uppsala, Karl y Ragnar Björk.

Se trata, sin duda, de una temática de interés permanente y no coyuntural, ya que todos los historiadores, incluso los dedicados a las relaciones internacionales y a fenómenos sociales observados en un ámbito superior al de los estados, parten implícitamente y en general de manera aproblemática y despreocupada, del marco establecido de los estados nacionales o de la nacionalidad dominante en los estados plurinacionales, que son la mayoría.

La problemática que pretendía abordar el simposio no podía ser más actual. Los sentimientos nacionales, que algunos creían inoperantes y superados, se muestran decisivos en la reunificación de Alemania, en las tensiones que pueden llevar a la desintegración de Yugoslavia y en la rebeldía de los países bálticos, Georgia y de otras nacionalidades frente al viejo imperio ruso que la URSS había conservado. Se impone una reflexión sobre fenómeno tan complejo y variado por definición como la nación en tanto que objeto de la

historia, un fenómeno ante el que las ciencias sociales han resultado bastante ineficaces debido quizás a sus orígenes ideológicos enraizados en el racionalismo cosmopolita progresista de nuestros antepasados de los siglos XVIII y XIX.

El primer problema radica en la mala prensa de la historia nacional entre los historiadores, predispuestos a considerarla idealista, plagada de mitos chovinistas, y demasiado centrada en la superestructural entidad del estado, inclinados, en suma, a dictaminar, sin más, que no hay que hacer historia nacional y que la nación como tal no puede ser objeto de la historiografía científica y sólo objeto de adoctrinamiento nacionalista. Pero el hecho de que la última obra de un historiador tan influyente y representativo como Braudel, haya sido *L'Identité de la France*, obliga a la reflexión, cualquiera que sea la opinión que cada uno tenga del libro y de su autor.

El segundo problema, en el caso del simposio que nos ocupa, era la dificultad para encontrar elementos comunes entre China, que es una civilización más que una nación, Nigeria, que es un estado postcolonial pluriétnico y pluricultural, un estado moderno de inmigración como Estados Unidos y las viejas y pequeñas nacionalidades europeas, con o sin estado, que han elaborado el modelo exportado al resto del mundo del estado nacional contemporáneo, muy reciente dentro de la historia de la humanidad, pero instrumento decisivo en la socialización política moderna democratizadora y en la conversión de los súbditos en ciudadanos. El generoso objetivo de promover el diálogo fecundo entre culturas muy distintas, propio de la Fundación Nobel, se enfrentaba a un objetivo difícil a pesar de la buena voluntad de los participantes en el simposio.

Los pueblos escandinavos, unos dentro de la Comunidad Europea y otros fuera, pero todos implicados en su desarrollo, están relativamente libres de la tendencia a la autoglorificación propia de los grandes estados, no tienen un pasado colonialista generador de nostalgia, y están acostumbrados a cooperar en plan igualitario, superando un pasado en el que les separaron numerosos conflictos. Como naciones pequeñas temen por su futuro dentro de una gran organización europea donde el peso de los estados más poderosos pueda ser determinante y absorbente, pero al mismo tiempo, su preocupación por la política internacional es grande. El contexto nórdico del simposio era, por lo tanto, favorable.

Pero, antes de entrar en el contenido del coloquio, vale la pena indicar algunas cosas sobre su organización y funcionamiento. Dos meses antes del simposio, los participantes tenían en su poder casi todas las ponencias para

asegurar que el debate fuese rico y fruto de reflexión. Un comentarador nórdico recogía lo que a su parecer podía ser más sugestivo de las ponencias de cada sesión y estimulaba así el debate que iba a tener lugar a continuación. El tiempo dedicado a coloquio era de tres cuartos de hora por sesión, sólo media hora menos que el dedicado a la exposición de las ponencias y al comentario. Sin haber tomado notas, resulta imposible resumir aquí el contenido de los debates, y es una lástima porque tuvieron a veces tanto interés como las ponencias. Aunque es más fácil lograr un diálogo rico y con intervenciones muy diversas, en un simposio con una cincuentena de participantes y ponencias todas ellas encargadas, que en un congreso con asistencia más numerosa y comunicaciones libres, eso no reduce el mérito del simposio que comentamos. Resulta evidente el contraste con los coloquios españoles, en los que suele debatirse y dialogarse poco, rara vez los participantes cuentan con el texto de las comunicaciones o ponencias con antelación y el tiempo previsto para el coloquio suele resultar reducidísimo.

La variedad de procedencias y de situaciones entre los participantes en el simposio de Estocolmo sobre concepciones de la historia nacional era muy notable y tenía dimensión realmente mundial, pero dos ausencias eran notables: la del mundo islámico y la del mundo iberoamericano. En ambos ámbitos la relación entre estado, nación, etnias y comunidad cultural y religiosa más amplia, es muy distinta del paradigma europeo occidental. La síntesis que aquí se presenta es un anticipo del libro, que se publicará en inglés.

## **Las ponencias**

J.F. Ade Ajayi, de la Universidad de Ibadan, presentó la ponencia *La historia nacional en el contexto de la descolonización: el ejemplo de Nigeria*. Con sólo treinta años de existencia, el estado de Nigeria, como la mayoría de los africanos, es multinacional y multicultural, con treinta lenguas y múltiples religiones, desde las autóctonas a la cristiana y la islámica. La revalorización de la tradición oral ha permitido desarrollar el conocimiento del pasado pre-colonial. La relación entre los reinos precoloniales y el estado post-colonial, desde el punto de vista historiográfico, es tan difícil como la de las autoridades tradicionales locales y la élite nacionalista occidentalizada, que ha convertido el inglés en la lengua oficial.

La crítica de la historia nacional nigeriana se ha basado en dos corrientes: la de la teoría de la modernización y la de la teoría del subdesarrollo. La primera considera las instituciones tradicionales y las modernas como incompa-

tibles, y la segunda, a la vez que rechaza la teoría de la modernización porque supone la dependencia del capitalismo occidental, considera a la nueva élite nacional como la continuadora de la explotación colonial. No obstante, Ajayi considera que Nigeria es el único estado auténticamente federal africano, y el sentido de unidad resulta perfectamente compatible con la diversidad existente.

Bipan Chandra, profesor de la Jawaharlal Nerhu University, desarrolló la ponencia *Historia colonial, el caso de la India*. Centró su atención en el proceso de emancipación hindú, basado en la movilización de masas a través de la resistencia no violenta, gracias a la cual se consiguió desarrollar una oposición unitaria de convivencia democrática y se logró deslegitimar el poder militar colonial, hasta llegar al traspaso pacífico de poderes de 1947, como resultado de la estrategia del movimiento de liberación nacional hindú. No obstante, al detenerse en 1947, Bipan Chandra parecía eludir el alcance y naturaleza de las luchas inmediatamente posteriores entre musulmanes e hindúes.

Åke Holmberg, profesor de la Universidad de Göteborg, presentó la ponencia *El sacro imperio europeo, la autoafirmación europea como elemento del nacionalismo decimonónico en Francia y en Suecia*. Considera Holmberg que el orgullo de ser europeos y partícipes de "la civilización europea", era un punto de apoyo solidario de los diversos nacionalismos europeos frente al resto del mundo, a pesar de sus rivalidades coloniales. Se trata de un elemento ideológico importante para el estudio de las concepciones de la historia nacional, tanto de la francesa como de la sueca, a pesar de la no participación de Suecia en el reparto colonial.

Otto Dann, profesor de la Universidad de Colonia, desarrolló el tema *La historia nacional en Alemania después de la segunda guerra mundial*. La derrota nazi obligó a una revisión total de la historia nacional alemana, una revisión que se detuvo con la reconstrucción en los años cincuenta, pero se reactivó y desplegó en los años sesenta. La demanda social de manuales de historia de Alemania en la última década indica la necesidad de identidad nacional entre los alemanes occidentales, necesidad inusual en otros estados europeos. Dann planteó la duda sobre la posibilidad de que pueda contribuir a la historia de las naciones el marxismo después de la crisis del leninismo en Europa.

La ponencia de Georg Iggers, profesor de la Universidad de Buffalo, trató de *Los cambios de la concepción de la historia nacional desde la Revolución Francesa, una perspectiva crítica comparativa*. Después de enunciar los males del nacionalismo, recordó que las naciones, no sólo las nacidas de una revolu-

ción como Estados Unidos y Francia, sino también las que se definen por su base étnica como la Alemania de Bismarck, la Italia de Cavour o el Israel de Ben Gurion, han sido siempre creaciones políticas conscientes, destinadas a lograr la lealtad de los ciudadanos. En el futuro no hay que esperar la disolución de las etnias o de las nacionalidades sino una situación en que sean elementos de identidad sin ocupar un lugar central en ella.

Ying-Shih Yü, profesor de la Universidad de Princeton, habló de *Los cambios en la concepción de la historia nacional en la China del siglo XX*. A principios de la centuria, el difícil tránsito de la historia dinástica chinocéntrica a la historia nacional, supuso reconocer que China era una nación más en la periferia de un mundo dominado por la civilización occidental, aunque China era concebida como una civilización más que como una nación. Elaborar en lengua vernácula el conocimiento del pasado chino de acuerdo con pautas occidentales fue considerado algo vital para asimilar la cultura moderna sin caer en incongruencia respecto a la propia civilización china y para asegurar su supervivencia. Esta fue la labor de sucesivas generaciones dedicadas a la historia de China desde principios de siglo hasta la guerra con el Japón en 1937, tal como sintetizó Ying-Shih Yü.

Hiroshi Watanabe, profesor de la Universidad de Tokio, presentó una ponencia sobre *La historiografía como espejo mágico: la imagen de "nación" en Japón (1600-1990)*. En japonés clásico *kagami* quiere decir a la vez espejo e historia. Tras el período de aislamiento y estabilidad interna del período Tokugawa (1600-1867), en que la historia del Japón era identificada con la dinastía Tenno, pasó a inscribirse en la historia del progreso de la civilización universal, a partir de la Restauración Meiji de 1868, si bien los éxitos económicos y militares dieron lugar pronto a una exaltación de la excepcionalidad japonesa, con la oposición de historiadores críticos como la excelente obra de Tsuda Sokichi o la marxista *Historia del desarrollo del capitalismo en Japón*, publicada entre 1932 y 1933. La influencia del marxismo en los medios universitarios fue notable a pesar de la represión de finales de la década de los años treinta.

La derrota de 1945 puso fin al dogma de la divinidad de la dinastía imperial y al de la superioridad nipona. Se produjo una renovación total historiográfica siguiendo dos corrientes, la marxista, hegemónica en el mundo universitario, y la modernista, que consideraba que había quedado pendiente la auténtica modernización de la sociedad japonesa. Pero con la conversión del Japón en una superpotencia económica en los años setenta, las peculiaridades japonesas, antes vistas como obstáculos para la modernización, pudieron apa-

recer como claves del éxito. La teoría de la modernización, que supone la convergencia de todas las sociedades hacia un estadio ideal de modernidad, ha perdido verosimilitud, a la vez que la interpretación marxista de la historia ha dejado de ser plausible en los ochenta. Los historiadores han de buscar nuevas concepciones por medio de estudios comparativos sin privilegiar un modelo, considerado como normal, y han de considerar que cada sociedad es particular.

Después de la sesión chino-japonesa, tuvo lugar la que podría denominarse sesión eslava. Ivan Kovalchenko, de la Academia NAUK de la URSS, presentó una larga ponencia sobre *Problemas de Rusia en relación con Occidente en la historiografía pre-revolucionaria y en la soviética*. Antes de 1917 la historiografía rusa se movió entre dos corrientes, la que absolutizaba las diferencias entre Rusia y Occidente y la que exageraba la similitud entre ambos. La primera era conservadora y la segunda era liberalizadora, aunque los eslavófilos también defendían una vía específica y distinta de desarrollo para Rusia proponiendo un sistema representativo estamental, y los populistas, que eran colectivistas y antizaristas, sostenían la singularidad del desarrollo histórico de Rusia, si bien hubo pocos historiadores entre ellos. La historiografía soviética tendió a considerar que antes de 1917 el desarrollo ruso seguía las mismas leyes que el occidental, pero tendía, en cambio, a singularizar completamente el desarrollo posterior.

Kovalchenko, tras reconocer los efectos negativos de la dependencia de la historiografía soviética respecto a las directrices políticas, reflejó la ardua labor a que se enfrentan los historiadores de su país, obligados a revisar de arriba abajo la historia de la URSS, y sintetizó las diversas interpretaciones sobre las condiciones y el significado social de la revolución de octubre de 1917. Kovalchenko eludió completamente la cuestión de las nacionalidades no rusas en la configuración de una nueva concepción de la historia de la URSS, silencio que le fue criticado a continuación en el coloquio.

El contraste con la ponencia de otro soviético, Alexander Kan, resultó total, ya que este historiador, que es profesor de las universidades de Uppsala y de Oslo, desarrolló el tema *Las concepciones escandinavas de la historia nacional, ¿modelo para los historiadores soviéticos?*. Kan, que es autor del único manual reciente de historia de Escandinavia, propuso como un ejemplo a seguir por los historiadores soviéticos, la experiencia de armonización crítica de las concepciones de historia nacional, llevada a cabo por los historiadores escandinavos, a través de intercambios y debates en pie de igualdad entre ellos y sin ocultar los antagonismos del pasado y las diferencias en el presente, pero en el marco de una identidad supra-nacional.

La ponencia de Jerzy Tomaszewski, profesor de la Universidad de Varsovia, versó sobre *Las diferentes historias de Polonia en el siglo XX*. Entre las dos guerras mundiales la historia contemporánea de Polonia estuvo influenciada en exceso por tres corrientes partidistas, la nacional-demócrata, la de los seguidores de Pilsudski y la socialista, que tenían en común la preocupación por las causas del colapso del estado polaco a fines del siglo XVIII y por el proceso hacia la independencia. Después de la segunda guerra mundial el partido gobernante hubo de desfigurar la historia del siglo XX, empeñado en presentarse como el único progresivo y nacional, borrando los contenciosos con la URSS, como el pacto germano-soviético de 1939. Si bien hubo progresos en la historia social y en la económica, la historia política siguió hasta hace poco sometida a censura, lo que ha favorecido una opinión popular idealizadora de la República de 1918-1939, a la vez que nacionalista y anti-rusa.

Al día siguiente, John Higham, profesor de la Universidad John Hopkins, de Baltimore, presentó una ponencia sobre *El futuro de la historia nacional de América*. En Estados Unidos se dedica en las universidades más tiempo al estudio de la historia externa que en otros sitios y la identidad nacional norteamericana interesa poco. Se ha tendido tradicionalmente a enlazar la historia europea con la norteamericana en una perspectiva trasatlántica basada en la historia del progreso humano, que culminaría en América, aunque, a partir del estudio de la primera guerra mundial, se tiende a estudiar la historia norteamericana, cerrada en sí misma. En los años veinte la historia norteamericana de Turner o de Beard daba por supuesta la existencia de un carácter distintivo de América. En los años cincuenta, la historiografía, en lugar de elaborar abstracciones, tomó los mitos nacionales como una fuerza y profundizó en sus contradicciones sin poner en duda que Estados Unidos era diferente del resto del mundo, si bien, para demostrarlo, se desarrolló el interés por la historia comparada.

En los años setenta el tema del carácter nacional fue arrinconado y la nación desapareció como actor. En vez de la excepcionalidad de la gran comunidad, se estudiaron las pequeñas comunidades y se rechazó el mito de América como tierra de promisión. Desde finales de los sesenta la influencia marxista penetró por primera vez y en forma poderosa en la historiografía norteamericana. En los ochenta la tesis de una América a la vanguardia del progreso humano ha sido relanzada con éxito por los políticos. Pero los historiadores han seguido percibiendo a la población no como un pueblo sino como un mosaico complicado de grupos con su propia historia, con lo que los temas del poder del estado y de la interpretación de la identidad nacional han seguido

descuidados en beneficio de los grupos y clases subordinadas: la historia de la mujer, la de la inmigración, la de los afro-americanos, la de los amerindios, la de la clase obrera, etc. Pero estos temas se han estudiado usualmente limitados al área estadounidense, sin conexión con el resto del mundo.

Ante el grado de fragmentación alcanzado, la síntesis vuelve a abrirse camino, en dos direcciones, según Higham. Una es el retorno a la historia nacional sin adoptar teoría alguna del carácter o del destino americanos, manteniendo un equilibrio entre el estudio de la gran comunidad y el de las pequeñas, pero sin dar los rasgos de un pueblo. Otra vía de síntesis es la comparación en un contexto transnacional de los aspectos no estrictamente políticos, si bien son pocos todavía los que siguen este camino. No puede captarse la nación como sujeto más que por medio de la historia comparada y por el conocimiento de las fuerzas sociales en presencia.

Hans-Ulrich Wehler, de la Universidad de Bielefeld, trató en su ponencia de definir *¿Qué es la historia de la sociedad?*. Los historiadores ingleses, como en el artículo pionero de Hobsbawm en 1971, se contentaron con una definición pragmática que comprende determinados ámbitos y aspectos. El debate francés sobre la "historia total" buscaba una globalización que ya Georg Simmel consideraba poco plausible en 1892, al considerar que no existe una comprensión universal. Para los norteamericanos la "nueva historia social" es un fenómeno paralelo al de la "nueva historia económica". Para los alemanes occidentales la "historia estructural" era hacia 1970 un concepto sintetizador elevado a la categoría de "idea reguladora" kantiana. Frente al dominio tradicional de la historia política, autodefinida como historia general, se otorga la preeminencia a lo socio-económico. Pero la historia de la sociedad no parece hoy una meta alcanzable. La historia de las mentalidades, la historia de la cultura cotidiana, caben dentro de ella. Max Weber considera que la dominación, la economía y la cultura representan dimensiones igualmente importantes de cada sociedad. El progreso de las disciplinas descansa en el nivel de su especialización y en la precisión de su lenguaje técnico y conceptual. Ello ha ido ahondando la distancia entre los expertos y los lectores no profesionales, interesados por la historia. La historia de la sociedad, según Wehler, es un correctivo que recuerda la necesidad de la síntesis, aunque sólo la demostración empírica puede demostrar la habilidad de esta forma de historia para lograr una síntesis.

*Perspectivas futuras de la historia nacional y alternativas* fue el tema de la ponencia de Thodore Zeldin, de la Universidad de Oxford. Resumirla resulta arriesgado porque fue el único que no presentó texto escrito, cosa que también dificultó la labor del comentador, Kare Tonnesson, de la Universidad de Oslo.

Zeldin considera la historia nacional como un género del pasado, completamente superado, y defendió como alternativas la historia de las ideas universales, la historia local, la historia de la mujer, etc. En el debate predominó el parecer de la necesidad de una historia nacional completamente renovada, que no ha de ser fatalmente nacionalista. Se recordó que las ideas universales han tenido siempre origen en patrias particulares y han sido con frecuencia instrumentos de influencia ideológica imperial y hasta justificantes de la dominación de algunas grandes potencias. También se advirtió que en la historia local resulta ineludible el peso del estado. En la historia de los movimientos sociales de alcance internacional las condiciones nacionales resultan imprescindibles para explicar por qué arraigan en unos sitios y no en otros. La historia nacional no es sólo una historia política.

En definitiva, quedó claro que a los historiadores de las antiguas y actuales grandes potencias les resulta muy difícil concebir la nación sin el estado y que les es fácil permitirse el lujo de ser indiscriminadamente contrarios a la historia nacional, bien instalados en una nación cuyo futuro parece asegurado y ofrece un marco incuestionable, que posee la solidez aparente de un hecho natural.

### **La historia nacional en Cataluña**

El autor de esta crónica presentó en el Simposio Nobel de septiembre de 1990, una ponencia titulada *Un ejemplo de historia nacional de una nación europea sin estado: Cataluña*. La historia de una nación sin estado es la historia de una nación con el estado en contra de ella. Por ello ofrece un ámbito privilegiado para estudiar la relación entre el hecho nacional y el estado, o, en otras palabras, entre la base legitimadora del poder estatal de un lado y el estado, que pretende ser nacional y quiere absorber y negar las nacionalidades minoritarias porque cuestionan con su existencia la tesis de que es una nación-estado. Para el desarrollo de una nación la relación entre cultura y política no es accidental sino fundamental. Garantiza el nexo entre el ejercicio del poder y su justificación popular. A un nacionalismo exclusivamente político le falta base socio-cultural, pero una nación cultural ha de llegar a ser una nación política si quiere tener un proyecto de futuro como tal. Por todo ello, las naciones exclusivamente políticas intentan acabar con las naciones culturales que dominan y las naciones culturales pugnan por tener poder político, que no ha de pasar necesariamente por la independencia y la separación, sobre todo hoy, cuando la soberanía de los estados tiende a estar cada vez más limitada.

La historia patriótica de los estados, plasmada en los manuales escolares, se caracteriza por la predestinación implícita con la que se quiere justificar la configuración del estado presente. Descarta la duda metódica. Formula pocas preguntas y pretende dar muchas respuestas, guiadas por unos apriorismos que priman sobre la confrontación con los resultados de la investigación. Para este tipo de historiografía la trayectoria histórica se explica por sí misma. Los problemas históricos de una sociedad tienden a ser explicados a partir de factores políticos externos.

Es muy difícil que la historia de una nacionalidad sin estado, al tener que ser elaborada en contraposición a la historia patriótica estatal, no ofrezca características parecidas, aunque presente una mayor capacidad crítica al cuestionar la historia nacionalista estatal, que ha intentado ignorar la existencia de las nacionalidades subordinadas y al adpotar un punto de vista de la trayectoria histórica diferente de la contemplada desde el centro del poder político.

La historia nacional de Cataluña consiguió, sin embargo, un rigor y una calidad notables, no sólo a nivel de investigación sino también de síntesis y la mejor representación es la *Història de Catalunya* de Ferran Soldevila, publicada entre 1934 y 1935. A pesar de todo, después de la guerra civil de 1936-1939 se imponía un replanteamiento de la manera en que se había escrito hasta entonces la historia nacional de Cataluña.

A aquella historiografía le faltaba una teoría de la formación del estado moderno para poder situar en términos críticos la historia nacional más allá de la simple opresión nacional de los catalanes por España. Tampoco contaba con una representación adecuada de las clases sociales, aunque ya antes de la guerra civil aquellos historiadores intuían la importancia de la dialéctica entre sociedad catalana y estado español y el papel de las contradicciones internas en la sociedad catalana.

Por otro lado el campo preferente de aquella historia nacional de Cataluña era la Edad Media, con muy escasa atención hacia los siglos XIX y XX. Esto no se debía únicamente a que en la Edad Media Cataluña había nacido como nación y había sido una potencia mediterránea. La tesis subyacente era que los catalanes eran en el fondo lo mismo que habían sido y eran capaces, por tanto, de volver a serlo, en una concepción circular del devenir. El pasado justificaba las aspiraciones actuales y era un espejo en donde se reflejaba el presente. Era un punto de vista que predisponía a los anacronismos. Por ejemplo, se proyectaba hacia el pasado el concepto de soberanía nacional, que era extraño a los catalanes de los últimos siglos medievales como lo era para el resto de los europeos.

La nueva fundamentación de la historia nacional fue esbozada por Jaume Vicens Vives. Se basaba en una nueva representación de las clases sociales y en un esfuerzo para explicar la historia de Cataluña en términos de articulación con el estado moderno. Se asumía la historia de Cataluña en el siglo XIX, preparando la del siglo XX. Las causas y la evolución de los hechos se interpretaban en función de las contradicciones internas más que en función de la simple dialéctica Cataluña-España. Los acontecimientos históricos, base prioritaria junto con las instituciones, de la historiografía nacional anterior, quedaban minimizados ante la incidencia de la coyuntura económico-social. La historia de Cataluña se pretendía más científica y por ello buscaba una neutralidad política, que la llevaba a minimizar el tema de las relaciones de poder y el de la soberanía. Se otorgaba la primacía a la historia económica sobre la historia política. Todo ello comportaba una cierta desnacionalización implícita de la historia de Cataluña.

La penetración hegemónica del materialismo histórico en la historiografía catalana durante el decenio de los sesenta, no resolvió la cuestión. A pesar de todos los esfuerzos para escapar del economicismo, ha existido la tendencia a reducir la nación al estudio del mercado y de la burguesía. El historiador Pierre Vilar no dudó en dejar el protagonismo ideológico en el hecho nacional catalán a las clases dominantes catalanas por su condición de clases frustradas en su proyecto de estado español adecuado a las necesidades de una sociedad industrial como la catalana.

El fracaso de la voluntad catalana de intervención reformista en España, se presentaba como el fracaso primordial en el origen del nacionalismo catalán, sin dar la importancia debida a la voluntad popular catalana de resistir el proceso de asimilación, desarrollar la identidad colectiva y hacer progresar el propio país sin depender de pautas dictadas desde el exterior. De aquella interpretación de la génesis del catalanismo político podía deducirse una hipótesis implícita de cara al futuro: en una España industrializada, con un estado democratizado y con algunos ministros catalanes en el gobierno español, el catalanismo habría perdido sus bases. Evidentemente las cosas no van por este camino.

Las insuficiencias y el estancamiento del pensamiento marxista sobre el hecho nacional, el carácter puramente estratégico de los análisis marxistas sobre el hecho nacional y la tendencia a atribuirle un papel extrínseco en el juego de los dinamismos revolucionarios, se hicieron más evidentes a medida que empezaba a disminuir en el mundo universitario catalán el peso del marxismo como explicación total y acabada de la historia. Por otro lado, cuando

políticamente se subordinaba el interés por la emancipación de la propia nación o de otra al triunfo del socialismo o de la clase obrera, y cuando se denunciaba a la vez la debilidad de los fundamentos teóricos del nacionalismo catalán, se suponía aparentemente que el socialismo, la clase obrera y el movimiento obrero eran inequívocos, cuando resultaban tan problemáticos y planteaban tantos interrogantes como la nación en el terreno de los fenómenos concretos y actuales.

Algunos creyeron en determinado momento, a mediados de los ochenta, que una salida posible y adecuada era la negación a la vez de la historia nacionalista catalana y de la historia nacionalista española. Pero de la doble negación no sale afirmación alguna. La desmitificación de la historia patriótica catalana ha ido acompañada hasta ahora de la impotencia para construir una historia nacional catalana sobre nuevas bases. Más todavía, la desmitificación ha tendido a convertirse ella misma en un mito, con el historiador aparentando estar fuera de la historia y de los conflictos, una versión aparentemente progresista del mito positivista de la objetividad del historiador, entendida como neutralidad e indiferencia respecto a problemas que incluso cuando se desarrollan en un pasado lejano y en un país extranjero, implicaban al historiador como persona y como ciudadano. El esfuerzo de objetivización y de relativización de la historia es incompatible con su instrumentalización con fines políticos o sociales, por respetables que sean, pero no tiene nada que ver con una indiferencia moral, inviable y sólo aparente, y que, si resultara posible, entrañaría la deshumanización del historiador en su sueño de trascender sobrehumanamente la historia.

A pesar de su apariencia desenmascaradora, la neutralidad de la historia antinacionalista resulta imposible. Apunta primariamente contra el nacionalismo catalán y sólo secundariamente contra el nacionalismo español estatal, que se ha recuperado y es el dominante. La crítica de éste resulta inocua y la del nacionalismo catalán resulta la única efectiva. Sobre todo porque el nacionalismo español no tiene necesidad de explicitarse, y puede quedar implícito y encubierto, ya que el nacionalismo español tiene la vigencia poderosa que le viene dada por la estructura jurídica y administrativa del estado español. En cambio, la voluntad nacional catalana, situada bajo la acción asimilista del estado español y sin aparato estatal propio, tiene necesidad de afirmaciones explícitas y reiteradas para sobrevivir, con lo que fácilmente puede ser presentada como el único nacionalismo en presencia, cuando sólo es un movimiento en legítima defensa. Se le tacha de conflictiva a la voluntad nacional catalana, cuando el conflicto se lo crea el nacionalismo español absorbente.

No hay posibilidad de hacer una historia no nacional. Si se hace una historia internacional, se hace desde alguna nación o desde algún conjunto de naciones. El marco nacional está siempre presente en la labor del historiador de las sociedades modernas europeas. Es imposible hacer una historia de Cataluña nacionalmente neutra, porque o es una historia de Cataluña como nación o es una historia de Cataluña como provincia española y, por tanto, una parte de la historia nacional de España. Evidentemente una historia nacional de Cataluña ha de tener en cuenta la historia del estado español, más aún, no puede hacerse historia nacional de Cataluña sin una teoría del estado, no en abstracto, sino una teoría histórica y concreta del estado español. Por otro lado la historia nacional no es válida más que dentro de la historia comparada y el marco europeo y mundial no es menos necesario a la historia de Cataluña que el marco peninsular.

Pero todo ello no permite eludir que siempre se hace historia con una perspectiva nacional. Cuando se investiga un tema del pasado catalán y no se trabaja en el marco de la historia nacional de Cataluña se hace historia provincial o regional de España, negando implícitamente a Cataluña como nación. Una de las aparentes escapatorias consiste en considerar distintas y hasta opuestas la historia nacional y la historia social, cuando son dos dimensiones del mismo objeto, aunque irreductibles la una a la otra. Si no es correcto operar con el concepto de pueblo, de nacionalidad o de nación como si fuese un conjunto homogéneo y sin grietas, igualmente incorrecto es operar con el concepto de clase como una categoría sociológica aislada del todo social y fuera de un sistema de relaciones históricas, es decir, fuera de un marco cultural y de un marco político donde el tema nacional es básico.

En Cataluña entre 1960 y 1977 los historiadores tuvieron un papel social extraordinariamente relevante. La historia contemporánea, la historia del siglo XIX y, sobre todo, la del primer tercio del siglo XX, aparecía como un conocimiento vital para la recuperación democrática y autonómica, como un pasado reciente a reivindicar y del cual era posible sacar lecciones. Economistas, sociólogos y politicólogos se pusieron también a hacer de historiadores. Esto contribuyó a la renovación interdisciplinar de la historiografía. En medio de ese auge historiográfico, sin embargo, el estudio de determinados temas fue instrumentalizado a veces en beneficio de determinadas opciones políticas. A veces la historia era utilizada como parábola para juzgar las fuerzas actuales en presencia, un juego de alegorías con el atractivo de operar con un pasado real, pero que poco tenía de auténtica ciencia histórica.

La demanda historiográfica empezó a descender cuando el público consideró que ya tenía unos conocimientos mínimos para moverse, y cuando, con la transición difícil hacia una monarquía parlamentaria, la práctica política cotidiana presentó mayor atractivo, a pesar de perder la carga utópica que había acompañado a la lucha antifranquista, con el apoyo de la historia frentepopulista de izquierdas. Economistas, sociólogos y politicólogos volvieron a estudiar el presente más coyuntural y el historiador dejó de ser considerado un sucedáneo del augur antiguo, como en aquella época de la transición, cuando era frecuente que un periodista preguntase a un historiador: "Usted que es historiador, ¿qué cree que sucederá en este país?".

Los beneficios irreversibles de aquella época son unas preocupaciones metodológicas en el análisis y en la interpretación de las bases sociales del comportamiento político y económico y de la creación y recreación culturales. En la medida que la síntesis histórica forma parte de la cultura política de los ciudadanos, el historiador no puede dejar de contribuir directa o indirectamente a la historia nacional de su país, pero no ha de renunciar a la perspectiva crítica. Cataluña necesita contar con una historia nacional sobre una nueva fundamentación social, una historia a la vez social y nacional. Algo que, con insuficiencias y vacilaciones, se ha empezado a hacer ya.

La contribución catalana a la construcción de Europa ha de ser un estímulo para esta renovación. De momento, sin embargo, en lo que se refiere a este marco político nos encontramos con la Europa de los estados más que con la Europa de los pueblos, sean naciones o regiones. La pérdida de soberanía de los estados en beneficio de las autoridades comunitarias europeas no ha comportado una intervención de las regiones políticas en los destinos generales europeos en función del futuro de esos mismos pueblos. La Europa de las regiones políticas, donde Cataluña tendría su papel, está por hacer.

El contacto directo con Europa y la misma unidad europea significaron durante muchos años para el movimiento nacional catalán un factor de renovación y de emancipación, un punto de apoyo básico para escapar al proceso de absorción por parte del estado español. La pérdida de creatividad cultural europea influye ahora sobre una Cataluña que ha detenido el proceso de desnacionalización, pero debe pasar a una fase creativa más difícil, si quiere seguir existiendo como tal.

En la Comunidad Europea, que se encuentra hoy con el replanteamiento de su contenido, de posición en el mundo y de proyecto de futuro, se da la marginación de las naciones sin estado, que no cuentan con canales políticos de defensa de su identidad dentro de Europa. Pero la propia Europa sufre una

crisis de identidad cultural. Se está formando una cultura sincrética europea, derivada fundamentalmente de la cultura de masas norteamericana y vehiculada por los grandes medios de difusión, que, entre otras cosas, produce efectos destructivos sobre la culturas nacionales, efectos que son más graves en aquellas que no cuentan con apoyo estatal. A los ojos de los europeos, formas genuinas culturales de los diversos países europeos aparecen como exóticas mientras el jazz y el rock aparecen como universales.

El estado nacional sufre una crisis estructural, pero no existe de momento nada que lo sustituya como base de la nacionalización de los individuos que se convierten por su mediación en ciudadanos. La mitificación de la nación por el estado ha constituido la manera de asegurar la identificación de los ciudadanos con el estado como nacionales y este proceso ha racionalizado una mínima cohesión social y una cierta racionalización de la acción social y política. La democracia formal se ha basado en el estado nacional y no ha aparecido, mientras va periclitando, marco alguno alternativo que pueda sustituirlo.

El proceso hacia la unidad europea no puede prescindir del problema de la identidad colectiva. La solución, aunque puede parecer utópica, radica en la disolución de los estados nacionales convencionales y en la reconstrucción de los espacios nacionales históricos, vertebrados en torno a las lenguas. En caso contrario resulta muy problemático el futuro de los valores cívicos que Europa ha producido y sólo quedaría un mercado común, regido por las empresas transnacionales y por la burocracia europea sin control parlamentario y democrático. Europa ya no dirige el mundo. La rearticulación de Europa significaría dar prioridad a los valores culturales de las comunidades territoriales con lengua propia sobre los valores expansionistas y dominadores propios de los nacionalismos de estado.

Sólo como nación normal Cataluña puede contribuir a la difícil construcción de Europa y ésta necesita de todas las contribuciones. La historia de Europa no ha de ser únicamente la historia comparada de los estados y de sus relaciones o una historia social que haga abstracción de los estados y de los problemas nacionales, sino la historia comparada de todas sus naciones y pueblos, sean o no estados. Éstos, mucho más que los viejos aparatos estatales, son los más interesados en una Europa unida, que todavía está por definir.